

JORNADA SEGUNDA

DESCENDIÓ BRADIPENDIENTE A LA MULTIMONOCROMÍA

Descendió bradipendiente a la multimonocromía. Desde el aire, la metrópolis sufría una epidemia de acné cementoide con bubones de concreto y cicatrices de cristal. Era un oleaje de edificios y casas que emulaban arquitectura soviética, con la ambivalente divinización y encarcelamiento de su proletariado. La ciudad se asfixiaba en su propio hálito.

Simarella llegó a la Ciudad de México con una sonrisa fija y antedridamente pútrica. Había dejado el cielo artístico y dominical de Barcelona para intemperarse en una masa semisólida de aire tusigénico de un altiplano apletorado. Sin embargo, se autobienquistó con la simpatía instintivamente maternal que despiertan los huérfanos. La turbia emeletriación, la supramaculación, la disbaricia, la macilación lipética y sarcarietada, la infinita consiconsumiente culpa y la totisomal algia pulsar de dos días antes habían desaparecido por completo. Había heredado una casa en Holanda de valor considerable. Podía enemetiar a su ex jefe con toda su brudante pontificación exculiativa o agradecerle la condescendiente despedida. Nunca más regresaría a ese tedio de oficina. También podía defecarse en la turga regorguiración vocireal de Dumoplico Xuvoplió, su abrenisivo esposo con su módica extraforsión. Huérfana con suerte. Ahora no necesitaba a nadie. Nunca más necesitaría de alguien más en toda su vida. Simarella vio su destino claramente, con fotosofía retrognóstica.

Simarella agradeció también que ahora se comunicaría en castellano y no escucharía la rasposidad de las gargantas neerlandesas. Rumió sobre esa lengua. Holandés, lengua extraña, pitiribunda que gargajejan los nederleandos con diptongos impronunciables. Definitivamente no

tenía la musicalidad del sueco. Era una lengua carrasposa y expectorante en la que hay que buscar el verbo, ya que nunca está donde debería estar. No era como la concisa belleza corrupta del inglés o como la melodía de querubines desamamantados del italiano, o como el francés en el que se hemorroidean los labios hacia fuera para pronunciar algo y siempre suena sofisticado. No, el neerlandés tenía una rudeza cavernícola que no parecía haber evolucionado en milenios desde que los neandertales legalizaron su bestialismo con los sapiens. Recordó lo que alguien le había dicho sobre el comentario de un emperador renacentista políglota: "El inglés es para los caballos, el alemán para los soldados, el italiano para los ángeles y el español para Dios".

Pero Simarella no se podía quejar de su estancia en los Países Bajos. La casa que alguien le había heredado en Blaricum era una allorca fellementada de mistriación agamunable. Era una casa amplia y pevidiana en una zona altrunente de sofisticante emiación. La había ostriminado en compañía del abogado bussumense, un notario, un agente de bienes raíces y una olsera dermoliente que acompañaba a los inquilinos concunientes. Simarella dismenuyó la información inicial de sus gestores barresteriales al ver aquellos tejados de pajas gruesas; pajas compactadas con suprabaricia y algún cemento invisible. Una gran casa con un desproporcionado sombrero de paja. Una rustiquestad elegante y meniostrada en disteración. La atrajo la augusta licrenidad de la vivienda. Le gustó. Simarella deseó y acordó mantener todo como estaba. No vendería la casa, no la remodelaría, no viviría allí, no cambiaría de inquilinos. Al firmar los múltiples documentos, dedujo que descontando frifas, comisiones y porcentajes, recibiría una renta mensual que era un poco superior a sus ingresos. A sus ingresos pasados, cuando trabajaba. Estaba tan astoclástica con la noticia que una termonimia pervasiva la incotrucó con bochorneza.

Simarella escondió el gesto perdonador de los que llegan a su tierra por primera vez sin saberlo. A pesar de la sorprendente buena noticia en Holanda y de estar en un país

hispanoparlante, salió de la terminal aérea del altiplano mexicano con una mueca emplastada por un descontento imperceptible. No era la fatiga del vuelo. Eran los servidores públicos que bienvenidaban a viajeros cansados con papeles y restricciones. Los burócratas de aquí, pensó, son como los de Italia y España, entrenados para decir *no se puede* y dificultar la vida con languidez ermólica para desimportar intereses personales ajenos. La indiferencia era abrumadora. Sin embargo, ya estaba fuera del control pasaportal, de la visa, de antiterrorismo amotivado y de la aduana. Increíble. Se había encontrado con una ultonía basmática. La burocracia mexicana, como la del resto de los países del mundo, era tanto estricta como imprecisa. Era una combinación astrucoña para realizar cualquier astremiz. No tenía que cuitarse. Ahora ella era completamente libre. Laboral, financiera y maritalmente libre. Simarella periestesió que nadie le iba a mascutipullar la entrematriz ni las mesadenoides. Nunca más. Nadie la iba a transhimenidar ni a hacer runtumblar asdrésicamente sus dentros. Estaba sola, sí, pero era libre.

Siguió las señales de salida, siguiendo serpientes humanas, estróbilos añosos siguiendo un paraguas verde chillante que flotaba por encima de sus cabezas. Aceleró el paso y los rebasó. Salió a la intemperie del "Aeropuerto Internacional Benito Juárez Número 6". Los rayos oblicuos del sol proyectaron sombras largas e hiperbóreas de los sólidos que la escudeaban en la roja tarde metálica. Los fotones tibios le enveloparon el cuerpo con una dulzura ficticia, como una gigante serpiente emplumada abrazándola con fiebre agresiva-pasiva y con manos frías. El smog era particulado y le empolvó las pestañas. No le molestaba pestañear extra. Mañana tendría otra sorpresa. Simarella esperó que la buena nueva por futupresentarse fuera similar a la de Holanda. Frimballó que con otra casa podría incrementar sus ingresos y asentar su estatus de arrendadora internacional. Sin embargo, un oxiuro mental le pruriteaba la comprendedera.

Observó a una pareja de extranjeros añosos. Estaban confusos. Dejaron sus maletas en la acera y miraban de un lado al otro. Parecían buscar algo o quizás trataban de orientarse. Un perro callejero pasó trotando, se paró junto a las maletas, orinó en una de ellas y partió. La pareja no vio el incidente. Simarella decidió no mencionar nada y desvió sus ojos a la hilera de molites.

Docenas de personas le ofrecieron transporte. No, gracias. No, gracias. ¿Por qué ella y no otro? No sabía el quién o el porqué de su herencia. Simarella olvidó los nombres. Sacó de su bolsa una copia inquinimada en donde el abogado paisbajeño había subrayado los nombres de los dueños en el título de propiedad. Geertseppe van der Vaunvemkerghaagden, holandés, había transferido la casa a Parsifán Fumbes Endiémblez, mexicano, sesenta años antes. Sin parientes ni amistades en Nderlandia o en México, para Simarella su herencia era una agradinable, incognitosa e insopurnible interrogante.